Globethics Repository



La Internacional Socialista ante el nuevo milenio [The Socialist International before the new millennium]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Brandt, Willy
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 03:07:21
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220973

Nueva Sociedad Nro.103 Septiembre- Octubre 1989, pp. 82-87

La Internacional Socialista ante el nuevo milenio

Brandt, Willy

Willy Brandt: Presidente de la internacional Socialista. Ex-canciller de la RFA, Premio Nobel de la Paz (1971), presidente de la Comisión Norte-Sur y presidente honorario del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

El próximo decenio estará dominado por problemas que sobrepasan a los diferentes sistemas políticos. La tendencia a ir hacia una «política interior» mundial a largo plazo exigirá que los partidos socialdemócratas desarrollen una nueva comprensión del internacionalismo. Puesto que las políticas nacionales individuales tienen cada vez menor capacidad de maniobra, urge encontrar un consenso internacional. Lo cual no es fácil en absoluto. Aunque podremos salir adelante si limitamos los intereses particulares, hasta cierto punto, con los ojos puestos en una sociedad mundial fundada en la solidaridad. Ha llegado el momento de revisar profundamente el marco institucional y jurídico internacional. Uno de los puntos principales en los años 90 será determinar los poderes que se otorgarán a los organismos e instituciones regionales y mundiales, que se deben legitimar y controlar adecuadamente. No nos debemos resignar ante las dificultades.

¿Quién de nosotros puede saber cómo será el mundo en el umbral del nuevo milenio? ¿Quién puede saber a ciencia cierta, en esta era de rápidas mutaciones y tendencias contradictorias, lo que perdurará y acompañará a la humanidad en el futuro?

Si es cierto que hoy día los conocimientos humanos se duplican en cinco años - aunque de la sabiduría humana no pueda decirse lo mismo - ¿dónde encontraremos las respuestas a los retos que hemos de afrontar? ¿Dónde las hallaremos, si no es en nuestra experiencia conjunta de socialistas democráticos?

La experiencia que hemos heredado no es mala. Al contrario, es una oportunidad que merece la pena aprovechar. La libertad, la justicia y, sobre todo, la instauración de la paz, que reclama la humanidad, requieren esfuerzos que duren más de un siglo, y las labores concretas de cooperación internacional para facilitar un poco la vida de los hombres, constituyen un reto cotidiano.

El socialismo democrático - o socialdemocracia, como decimos muchos por razones de tradición y realidad práctica - no es la peor oferta asequible en el «mercado mundial». Al contrario, es cada vez mayor la importancia que se concede a nuestras posibilidades de contribución. En otros términos, es un hecho que, incluso allí donde hasta ahora eso se negó fanáticamente, las personas responsables empiezan a darse cuenta de que el socialismo sin democracia no funciona y de que no es, en realidad, verdadero socialismo. Esto no anuncia forzosamente el principio de una nueva era, pero sí un cambio indiscutible de capítulo, y tanto más cuanto que quienes en la otra parte de Europa desean comenzar un nuevo capítulo, están buscando puntos de referencia.

Esas personas saben que la planificación arbitrariamente dirigida no ha sabido llevar a cabo el cambio tecnológico, y que el paternalismo del poder sofoca toda creatividad e iniciativa personal. Sospechan, cuando menos, que tendrán que permitir el pluralismo cultural y político, y que sus economías deberán orientarse más hacia la economía de mercado; pero muchos temen las consecuencias que conlleva la concesión de mayor libertad individual.

Obviamente, las fuerzas reformistas de los países comunistas se hallan ante un dilema; no saben si es posible hacer lo que es necesario, y tanto menos cuanto que la obstinación de los «duros» nunca cede voluntariamente.

Nadie posee una fórmula mágica que permita cambiar la sociedad sin crear conflictos, ni tampoco nosotros. Vemos a diario cuán difícil es garantizar la justicia social en una economía de mercado, y cuánto esfuerzo requiere hacer perseverar y desarrollar la democracia y el dominio de la ley. Ofrecemos gustosos nuestra larga experiencia a quienes nos consideran como puntos de referencia, pero no podemos ofrecer a nadie la panacea.

Esto exige que permanezcamos muy alertas y comprensivos. Puede que algunos de los que se vieron apartados de nosotros se reintegren pronto a nuestras filas. Pueden desarrollarse oportunidades de cooperación que no existían antes; pero sería

utópico creer que semejante evolución puede llevarse a cabo fácilmente y sin tropiezos.

Estoy seguro de hablar en nombre de todos los sorialdemócratas al decir que estamos dispuestos a todo tipo de cooperación, siempre que sea útil, sincera y de esencia realista.

Nuestros proyectos internacionales

Cuando se habla hoy día de nuevos medios para garantizar la paz, así como de un nuevo enfoque de las negociaciones sobre la seguridad europea, e incluso mundial, los conceptos formulados no son para nosotros ninguna novedad. En este campo, la Internacional Socialista ha contribuido a numerosas iniciativas que pueden llegar a ser realidades políticas dentro de unos años. Nos complace comprobar este hecho y recordar que Olof Palme (y la Comisión Internacional que presidió) fue uno de los fundadores del concepto de «Seguridad Colectiva».

Nuestra organización internacional ha desencadenado también estos últimos años otros acontecimientos importantes, que han suscitado interés y, gracias a algunas de esas iniciativas, ha mejorado la cooperación más allá de las fronteras de Europa.

En mi calidad de presidente de la Internacional Socialista siempre he estado a favor del establecimiento de nuevos contactos para intercambiar ideas y elaborar un consenso. En este contexto, han desempeñado un papel particularmente importante los contactos de estos últimos años entre miembros de nuestros partidos europeos y fuerzas políticamente cercanas de Latinoamérica y del Caribe.

América Latina no tiene, en absoluto, menos importancia que Europa dentro de nuestra comunidad. Seguimos, sin embargo, preocupados en cuanto a la viabilidad de las nuevas democracias, como seguimos también afirmando nuestra solidaridad con aquellos países a los que se les niega el derecho a la autodeterminación.

Quisiera decir a nuestros amigos de Africa, de Asia y de Latinoamérica que la Internacional Socialista está dispuesta a cooperar con las fuerzas políticas de todos los países del mundo, siempre y cuando los objetivos que persigan sean más o menos los mismos que los nuestros. Esto se aplica al llamado Tercer Mundo en general, a Norteamérica, por supuesto, y - como ya lo he señalado - naturalmente también a esa región del mundo donde existe la oportunidad de sustituir la uniformidad grisácea por un pluralismo de distintos colores.

Hoy día, después de la larga historia de nuestra organización en sus distintos aspectos, no estamos todavía en la fase final. Al revés, estamos aún en la fase inicial de nuestros proyectos internacionales.

En estos últimos años hemos logrado estrechar nuestras relaciones con nuestros amigos africanos, especialmente con nuestros compañeros de Africa Occidental y nuestros amigos del Norte de Africa, con quienes estrecharemos todavía más los lazos en los años venideros y que, simultáneamente, siguen de cerca el proceso que permitirá establecer una paz duradera en el Oriente Medio. Lo mismo en lo que se refiere a nuestros amigos de los Estados de la Línea del Frente y de los movimientos de liberación ANC y SWAPO en Africa Austral. La Internacional Socialista se atiene a lo que dijo una vez Olof Palme: «El apartheid no se puede reformar; hay que suprimirlo».

En el Congreso de Ginebra en 1976, hice un llamamiento para que se tomasen tres iniciativas; una para organizar la paz, otra para conciliar los intereses entre el Norte y el Sur, y otra en favor de los derechos humanos. En estos tres aspectos hemos intentado hacer todo lo posible, pero nos queda todavía por hacer la mayor parte de la tarea. Hemos señalado las interdependencias entre desarme y desarrollo y hemos prestado finalmente la atención debida a los problemas medioambientales de la comunidad internacional.

Durante el próximo decenio, la Internacional Socialista debería interesarse más por la evolución de la situación en Asia y Oceanía. No podemos prescindir de una relación más estrecha con las fuerzas progresistas de estos países, porque es cada vez mayor la importancia de esa zona del mundo.

La expansión económica de esas regiones modificará el equilibrio de la economía mundial más de lo que ha podido modificarlo hasta ahora. No cabe la menor duda de que, en la próxima década, los países altamente poblados de Asia intervendrán de forma segura y decisiva en la política mundial. Por esta y por otras razones, conviene que nos acerquemos más, y en tiempo oportuno, a esta región del mundo. Debemos tener presente el hecho que serán interlocutores maduros, seguros de sí mismos, y que esa seguridad proviene en gran medida de su inmenso patrimonio cultural.

Los países ribereños del Pacífico serán otro reto primordial. Hasta ahora, el balance de nuestra acción en estos países es más bien positivo. Creo que hemos progresado bastante en esta región, como con la alianza constituida por partidos independien-

tes que comparten nuestros mismos ideales, como fuerza moral política considerada seria, y como comunidad política basada en el principio consensual.

Creo que deberíamos seguir esta misma línea. Nuestro papel es orientar a la opinión pública sobre cuestiones importantes en la actualidad y que seguirán siéndolo en el día de mañana.

Necesidad de una «política mundial»

Al empezar mis palabras me pregunté si alguno de nosotros sería capaz de predecir cómo será el mundo en el umbral del nuevo milenio.

El número de problemas que afecta a toda la humanidad aumenta sin cesar. Para resolverlos, es necesario adoptar una «política mundial», cuyo alcance se extienda mucho más allá del estrecho marco de las fronteras nacionales. Nosotros estamos conscientes de ello, pero son muchos los gobiernos que, en lugar de adoptar una política semejante, persisten en defender sus estrechos intereses nacionales.

En nuestra calidad de socialistas democráticos queremos eliminar las diferencias entre ricos y pobres, tanto dentro de los países como entre las distintas naciones. Estamos contra los cínicos que oprimen a sociedades enteras.

Esos cínicos para quienes la solidaridad internacional es una mala palabra y que pretenden socavar el bienestar social allí donde existe. Esos que se han propuesto focalizar las relaciones internacionales en unos pocos países «fuertes» desde el punto de vista político o económico, ofreciendo al «resto», el Tercer Mundo, una ayuda para el desarrollo muy modesta. Esos cínicos que quieren reducir el bienestar a la caridad, tanto al nivel nacional como internacional, y aplican el thatcherismo a escala mundial.

Si me opongo a esta mentalidad codiciosa, no es sólo por razones morales, ni por las peligrosas consecuencias económicas y políticas que entraña, sino también - y no es éste un aspecto secundario - por los desastrosos efectos ecológicos que tendrá a largo plazo.

El agujero de la capa de ozono ilustra la magnitud del desafío ecológico mundial. La omnipresencia de las amenazas para el medio ambiente ha provocado un cambio de mentalidad que, aunque tardío, ha revestido formas explosivas. Las consecuencias ulteriores de estas amenazas bien pueden resultar fatales para mucha gen-

te; por ello, es importante que se movilice inmediatamente la voluntad política mundial para rechazar los intereses económicos miopes y cortoplacistas al respecto.

Sin embargo, la mala administración y el erróneo desarrollo de las naciones industrializadas no son las únicas causas de los desastres ecológicos. Cada vez hay más pruebas de que la degradación del medio ambiente es, en gran medida, una consecuencia del desarrollo y, probablemente, no nos queda mucho tiempo para cambiar las normas de comportamiento.

La normalización de las relaciones Este-Oeste y los nuevos líderes de las superpotencias han creado, finalmente, nuevas oportunidades para una cooperación multilateral. Pero la superpotencias cada vez tienen menos posibilidades de condicionar el destino del mundo por sí solas. Pueden poner fin a la carrera armamentista - lo que ya es suficientemente importante - porque así se liberarían fondos para proyectos de desarrollo internacional; esto es algo que venimos pidiendo desde hace años. Las superpotencias también pueden dejar de participar en los conflictos militares del hemisferio Sur, y ya están apareciendo los primeros síntomas de esta orientación. De todas formas, ya se acabaron los tiempos en que dos potencias hegemónicas decidían las «reglas del juego» internacional. La era de la bipolaridad toca a su fin. Están surgiendo nuevos centros de influencia que apuntan al desarrollo de un mundo multipolar.

Pero, ¿cómo se podría, cómo se debería organizar una cooperación multilateral, visto el gran número de participantes dotados de suficiente autoconfianza involucrados? Supongo que uno de los puntos principales del orden del día de los años 90 será la determinación de los poderes que se otorgarán a los organismos (e instituciones) regionales e internacionales que, por supuesto, se deberán legitimar y controlar adecuadamente. Esto ya está produciéndose en algunos ámbitos como, por ejemplo, las políticas sobre el medio ambiente y el desarrollo; pero igualmente necesario en materia de control de armamentos y en otras esferas, como los negocios y las finanzas y, por lo tanto, en ciertos aspectos fundamentales del derecho y la seguridad social.

Puesto que los años 90 bien pueden convertirse en una década de negociaciones, deberíamos dar una mayor importancia a la determinación de los problemas que se habrán de atacar a nivel internacional.

¿Acaso no ha llegado el momento de examinar concienzudamente el marco institucional, regional e internacional, en lo que a su capacidad de funcionamiento se refiere? Este marco institucional, que fue creado hace más de cuatro décadas, como consecuencia de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, marcó un hito en la historia del progreso, pero ahora que las condiciones han cambiado tanto, este marco nos impide avanzar. ¿Acaso no revela impotencia, e incluso ingenuidad, el que nuestras repetidas recomendaciones para resolver los problemas que afectan a la humanidad se dirijan siempre a los mismos interlocutores, cuando sabemos, o al menos sospechamos, que las «grandes potencias» de los años 60 y 70 han perdido ya gran parte de su capacidad de acción? Y quienes podrían contribuir considerablemente a resolver nuestros problemas dudan en hacerlo, porque en las instituciones oficiales aún se les considera actores secundarios.

Desearía que una comisión internacional, con ideas nuevas, diseñara un marco institucional que entraría en vigor a partir de los años 90 y que nos permitiría, por fin, trabajar conjuntamente. Todos sabemos que los socialdemócratas han contribuido no poco a que se tome conciencia de problemas como la seguridad, el desarrollo y la ecología. Pero me temo que hasta ahora no hemos renovado mucho las ideas que teníamos sobre los cambios institucionales y jurídicos necesarios para poner en práctica nuestras propuestas. ¿No debemos acaso realizar cambios fundamentales, comparables a las valientes iniciativas de los padres fundadores en San Francisco y Bretton Woods, donde personalidades como John Maynard Keynes generaron el impulso motor? Hoy necesitamos el mismo tipo de audacia e imaginación. Habrá que revisar los anticuados derechos de veto, por ejemplo, o el vasto control que se exige sobre los organismos regionales e internacionales para darles financiamiento. Habrá que alcanzar una nueva percepción de la soberanía para poder cumplir nuestro objetivo: una sociedad mundial democrática, formada por nacionales unidas de verdad (tanto para el futuro, como en la práctica).

Debemos discutir de qué manera las organizaciones internacionales pueden ser fortalecidas. Obviamente, necesitamos una agencia más efectiva para lidiar, por ejemplo, con los problemas del medio ambiente. ¿Podría un Consejo de Seguridad Ecológica satisfacer algunas de las demandas al respecto? ¿Qué podríamos hacer en cuanto al funcionamiento de los mecanismos actualmente existentes? ¿De qué manera los gobiernos podrían asumir responsabilidad internacional por las decisiones nacionales que tomen? Muchas otras cuestiones pueden ser planteadas al respecto.

La tendencia a ir hacia una «política interior» mundial a largo plazo exigirá que nuestros partidos desarrollen una nueva comprensión del internacionalismo. Los problemas comunes requieren respuestas políticas coordinadas. Habida cuenta del hecho de que las políticas nacionales individuales tienen cada vez menos margen de maniobra, urge dar con un consenso internacional. Lo cual no es fácil en absoluto (ni siquiera al Grupo Socialista del Parlamento Europeo le resulta fácil). Sin embargo, podemos salir adelante si limitamos - hasta cierto punto - los intereses particulares. Creo que es necesario hacerlo, sobre todo cuando otros - que no tienen precisamente los ojos puestos en una sociedad mundial fundada en la solidaridad - están acelerando la marcha hacia la «internacionalización».

Siempre hemos estado en contra de la dominación. Apoyamos la autonomía y deseamos que las relaciones internacionales se basen en estructuras democráticas y eficaces. Este también es uno de los ejes fundamentales de nuestra nueva Declaración de Principios.

Porque lo espero...

Muchos de los problemas que quedan por resolver representan una gran diferencia cualitativa, cuando los comparamos con los problemas del pasado. El próximo decenio estará dominado por problemas que transcienden los sistemas, es decir, problemas que sobrepasan los diferentes sistemas políticos, porque afectan la vida misma de la humanidad.

Estos problemas serán muy difíciles de resolver; implican una labor trascendental y el desafío parece abrumador. Sin embargo, mi experiencia ha demostrado que nada es imposible, a menos que uno se resigne. Pero la resignación queda excluida de nuestros objetivos y obligaciones.

Creo que tendremos éxito. Y si me preguntan si estoy seguro de ello, contestaré repitiendo la última frase que escribió León Blum, el líder de los socialistas franceses entre las dos guerras mundiales, tras haber sobrevivido al campo de concentración de Buchenwald: «Lo creo, porque lo espero».

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 103 Septiembre- Octubre de 1989, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**